

MORTIFEROS SEPULCROS DE VIDRIO

EL pasado día 27 de noviembre, y sin que se enterase mucha gente, la Cámara de los Comunes escuchó una noticia de labios del señor Norman Lamont, que es subsecretario de Estado para Asuntos Energéticos. Dada la notable escasez de noticias que uno recibe de los ministros, aquí y en todas partes, el mero hecho de que Mr. Lamont dijese algo ya merece nuestro recogimiento. Pero es que, además, dijo algo importante: la tecnología de vitrificación de residuos nucleares, desarrollada en el Reino Unido, estará lista para su "comercialización" en la década de los ochenta. Un diputado, conservador, Jocelyn Cadbury, preguntó al subsecretario si, a juicio de éste, esa tecnología permite el desarrollo de los planes nucleares sin peligro. Contestó el señor Lamont que sí, y, aún añadió que los franceses lo están haciendo también con bastante eficacia, aunque el sistema británico permite la reducción del tamaño de los vidrios nucleares y, por ende, facilita su transporte y su depósito.

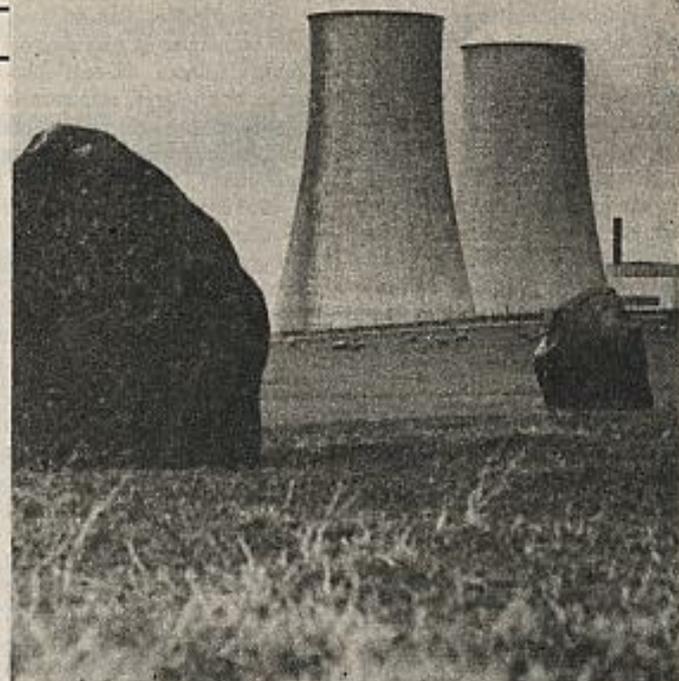
A pesar de las lágrimas que vierten en España los defensores de las plantas nucleares, caiga quien caiga, la verdad es que las personas prudentes de todo el mundo se abstienen de predicar sus glorias. En su edición del mes pasado, la revista francesa "Sciences Avenir" publicó, entre otras cosas, una relación de "incidentes y accidentes" en plantas nucleares, desde 1945 hasta hoy que, aun sin llegar a los extremos dantescos que temen, y de alguna manera sueñan, los "antinuclearistas" extremos, son lo suficientemente graves como para indicar a los ciudadanos discretos que nos conviene a todos adoptar posturas resistentes. Y uno de los problemas, como ustedes saben, es el de los llamados "residuos nucleares", la basura atómica radiactiva que dejaríamos como herencia a las generaciones que vengan, si es que viene alguna, porque eso está todavía por dilucidar.

Desde hace ya algún tiempo se sabe que el procedimiento más seguro para almacenar estos ele-

mentos radiactivos es la llamada "vitrificación". Dicho con rapidez y, por tanto, con la seguridad de no ser exactos, el proceso consiste en reducir al estado sólido la mezcla de los productos resultantes de la fisión nuclear y los transuránicos, colándolos en un vidrio. Así, una sustancia estable, insoluble e inalterable, garantizaría la inocuidad y podríamos dejar a nuestros nietos una hermosa colección de cubos de vidrio en cuyo vientre translúcido se escondiera el demonio de Hiroshima.

Franceses e ingleses, en efecto, llevan ya varios años tratando de perfeccionar esta técnica, que tiene sus dificultades prácticas y teóricas. Prácticas, porque los residuos de las centrales primitivas, de gas-grafito, son diferentes de los producidos por las centrales modernas, de agua ligera, lo que obligaría a, por lo menos, dos vidrios de características distintas y dos sistemas de vitrificación radicalmente opuestos. Teóricas, porque nadie sabe muy bien cómo se desarrollará la extraña vida de los átomos radiantes dentro de su cárcel de cristal. La estructura vítrea se verá agredida continuamente por las ametralladoras radiactivas de sus prisioneros y, sin duda, terminará por modificarse, transmutándose en otra cosa que ya no será tan segura.

Los franceses han trabajado



Planta nuclear de Windscale, Gran Bretaña. Aquí nació la bomba atómica británica y otros desórdenes.

bien en ese asunto y la planta de vitrificación Piver, cerca de Marcoule, ya cuenta con una colección fascinante de sepulcros de vidrio en los que yace el fuego de los fuegos. ¿Por cuánto tiempo? Eso es lo que no se sabe. La vida individual de cada uno de nosotros no es marco bastante para juzgar la eviternidad del vidrio: duramos poco. Para estar seguros de que no vamos a transferir a nuestros descendientes toda la amenaza de nuestra mierda radiactiva, esos vidrios deberían durar, fríos y perfectos, unos cuantos miles de años. Nunca podremos estar seguros.

Pero, si Mr. Norman Lamont no se ha excedido en sus sueños, incurriendo una vez más en la fatal fantasía británica, puede ser que los científicos del Reino Unido hayan conseguido resolver otros problemas. El calor producido por la radiactividad, por ejemplo, que podría "descristali-

zar" el vidrio y liberar el rayo.

En cualquier caso, estamos todos metidos en un lío. No me es posible dejar de pensar que la energía nuclear es como un pecado original cósmico. He aquí que, al romper la coraza invisible y durísima del átomo volvimos a arrancar la fruta del Arbol Prohibido. Como el lejano pecado bíblico, éste nos ha permitido algún poder, alguna rebeldía, alguna aventura, alguna loca ensoñación, la capacidad de enfrentarnos a Dios con altivez. Pero la maldición genética de la herencia nos fuerza a transmitir a nuestros hijos la podredumbre original. Los cristianos pueden, uno por uno, recurrir al Bautismo y santas pascuas, pero ¿quién nos va a bautizar ahora para que, dentro de mil años o dos mil, o acaso cien nada más, no esté todo esto poblado por seres aterrados que nos maldigan por nuestra audacia? ■

Sobre ingenio y Universidad

EACE unos días se reunieron en El Poular, que es como un Benidorm en negativo, frailluno, invernal y felipsegundino, unos cuantos universitarios españoles y algunos extranjeros para discutir en "seminario" un tema que a la mayoría de nuestros alegres y confiados vecinos le debe sonar a música celestial: "Protección y explotación de las innovaciones tecnológicas generadas por la Universidad".

Fue organizado por la Fundación Universidad-Empresa, de la que ya hablaremos más despacio otro día, con la intención de acla-

rar y ordenar las ideas que, en torno a las patentes universitarias, viene elaborando un grupo de profesores en el ámbito de la propia Fundación. Ese grupo ha sido dirigido por Adolfo Castilla, que profesa en el Departamento de Econometría de la Empresa e Informática de la Universidad Autónoma de Madrid. El proyecto, que se inició a comienzos de 1979, tenía como finalidad doble canalizar hacia la comercialización las patentes que pudieran desarrollarse en los Departamentos universitarios y, al mismo tiempo, estimular a los investigadores de la Universidad a

trabajar en esta dirección. He tenido cuidado al decir "canalizar", porque la Fundación no es ni pretende ser una agencia gestora, ni "comprar" o "vender" patentes: se quiere limitar a prestar apoyo a ese tipo de investigación, asesorarlo y servir de vehículo informativo.

La verdad es que el retrato de la Universidad que este equipo ha conseguido esbozar es bastante triste. En las Universidades de Madrid —Complutense, Autónoma y Politécnica—, y desde 1952, se han "producido" 27 patentes. Esa ha sido la producción "utilitaria" de cinco Facultades